

Discurso de Orden del Dr. Carlos García-Bedoya M.

Para la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y muy en especial para la Facultad de Letras y Ciencias Humanas y su Escuela de Literatura, es sumamente grato incorporar hoy como Profesor Honorario a uno de los más notables escritores contemporáneos de Nuestra América, Leonardo Padura Fuentes. Esta universidad, la más antigua de América -y no lo decimos nosotros, lo apuntó de manera contundente uno de nuestros más eminentes sabios, el dominicano Pedro Henríquez Ureña, esta universidad digo, ha tenido siempre una acendrada vocación latinoamericanista, especialmente presente en el quehacer intelectual de la Facultad de Letras y de la Escuela de Literatura. Creo oportuno recordar un único suceso, que permite graficar esa vocación. Uno de los más ilustres maestros de nuestra Facultad, Raúl Porras Barrenechea, se desempeñaba en 1960, poco después de producida la revolución cubana, como Ministro de Relaciones Exteriores del Perú; se encontraba gravemente enfermo, pero dedicó sus últimas energías a dar una pelea solitaria (incluso contra el propio gobierno del que era canciller) para evitar que la hermana Cuba fuera marginada de la OEA, pues avizoraba con clarividencia las devastadoras consecuencias que esa exclusión tendría para la propia Cuba y para toda América Latina; aunque logró retrasar un tiempo esa decisión, finalmente perdió, como es sabido, la batalla en la que empeñó las escasas fuerzas que le restaban. Falleció a los pocos días de su

retorno a Lima, incomprendido y vilipendiado por muchos, pero dejó un imperecedero mensaje y ejemplo de fraternidad latinoamericana.

Por eso es para nosotros especialmente gratificante, un verdadero timbre de orgullo, incorporar como Profesor Honorario a un notabilísimo escritor cubano, cuya obra, casi sesenta años después del suceso comentado, aborda con valentía y honestidad la compleja situación social que vive el pueblo cubano, tal como lo evidencia la legión de entusiastas lectores que hacen de Padura el escritor más popular y leído en su patria. Como le gusta recalcar, Leonardo Padura es un escritor cubano que vive en Cuba, que crea su obra desde Cuba, por y para sus lectores cubanos, pero que, al hacerlo con intensidad y altura, como diría nuestro César Vallejo, ha logrado seducir a un vasto público en América Latina y en el mundo entero (sus obras han sido traducidas a unos veinte idiomas).

Aunque, como él mismo nos lo ha confesado, su contacto directo con el Perú ha sido limitado, sus vínculos intelectuales con nuestra cultura han sido intensos y tempranos: dedicó su tesis de licenciatura a la obra del Inca Garcilaso. Él mismo ha referido que, contra los usos académicos de su Universidad, en lugar de proponer tres posibles temas de tesis, presentó como única opción al Inca Garcilaso, pues lo veía como la primera y muy valiosa expresión de una incipiente identidad hispanoamericana, configurada desde el eje de la transculturación y el sincretismo. Por otra parte, Padura se confiesa admirador ferviente de la obra literaria de Mario Vargas Llosa, nuestro premio Nobel sanmarquino, alguna de cuyas novelas suele releer, a modo de desafío,

cuando emprende la elaboración de sus propios universos narrativos. Además de haber asimilado mucho de Vargas Llosa en el empleo de las técnicas literarias (un ejemplo obvio es la alternancia de tres historias o los cambios de espacios, tiempos y narradores en *El hombre que amaba a los perros*), también en el proceso de escritura sigue pautas muy similares a las vargasllosianas. Padura es un escritor que elabora muy acuciosamente sus textos, tanto a nivel de escritura como a nivel de construcción, y que, además, para la preparación de sus novelas, realiza exhaustivos procesos previos de investigación: así, la producción de su obra *La novela de mi vida*, en la que desempeña un rol importante el poeta José María Heredia, generó como complemento un ensayo sobre este autor; para la redacción de *El hombre que amaba a los perros*, revisó no sólo una amplia bibliografía sobre Trotsky y la revolución rusa, o sobre la guerra civil española, sino incluso la documentación inédita del juicio de Ramón Mercader. Uno de los desafíos más complejos resultaba de la necesidad de transformar ese abundante material informativo en literatura. Como para Vargas Llosa (quien indudablemente apuntaría que el modelo procede de Flaubert), la palabra clave en la escritura de Padura es Trabajo. Es de temer que, como suele suceder con la mayoría de trabajadores, la plusvalía resultante de ese proceso termine principalmente en los bolsillos de los editores y sólo en pequeña proporción en los del esforzado productor: esas siguen siendo las leyes inexorables del mercado. A pesar de ese injusto reparto de utilidades entre el capital y el trabajo, estoy seguro de que Padura suscribiría la conocida frase de Edison: el genio es 1%

inspiración y 99% transpiración, al igual que lo haría Vargas Llosa. Por eso, resulta particularmente oportuno que este significativo acto se desarrolle en estos ambientes en los que el joven Vargas Llosa estudió y aprendió a conocer el Perú, como él mismo lo ha reconocido siempre (entre paréntesis, su maestro quizá más entrañable, para el que incluso fungió un tiempo de ayudante de investigación, fue justamente Raúl Porras Barrenechea).

Leonardo Padura Fuentes cursó estudios de literatura hispanoamericana en la Universidad de La Habana, donde se graduó con una tesis sobre el Inca Garcilaso de la Vega. Su actividad intelectual es nutrida y multifacética. Aunque quizá en el Perú esta faceta es poco conocida, Padura cuenta con una amplia trayectoria periodística. En Cuba ha publicado en las revistas *El Caimán barbudo* y *La gaceta de Cuba*, así como en el diario *Juventud Rebelde*, entre otros muchos medios escritos de su país; además, sus artículos se han publicado en importantes medios de México, Colombia, Brasil, España, Italia, Francia y Estados Unidos; a través de la Agencia Prensa Latina muchos han sido reproducidos en medios de casi toda Hispanoamérica (pero no en el Perú; harto sabido es el calamitoso estado de la prensa en nuestro país). Su obra periodística, que fue sin duda la que le permitió inicialmente entablar un contacto fluido con el público lector cubano, fue reconocida con importantes galardones, entre ellos el Premio Nacional de Periodismo Cultural (2005) por el conjunto de su obra. Para suerte de los lectores peruanos interesados en esta faceta de su actividad, gran parte de su producción periodística ha sido reunida en

libros como *El viaje más largo* (1994), *Una isla en la luz* (1998), *Cultura y revolución: Conversaciones en La Habana* (2001), *Entre dos siglos* (2006), *La memoria y el olvido* (2011) y *Un hombre en una isla. Ensayos, crónicas y obsesiones* (2012); ha publicado además sus entrevistas a cantantes de salsa latinos en *Los rostros de la salsa* (1997) y *El alma en el terreno* (1989), entrevistas a jugadores de baseball (deporte al que en Cuba se denomina simplemente pelota, una de las grandes pasiones de Padura, y sin duda la pasión cubana más inescrutable para casi todos los latinoamericanos).

Padura se ha desempeñado también como guionista de películas documentales y de ficción, varias de las cuales fueron galardonadas en importantes festivales cinematográficos. En base a sus novelas policiales protagonizadas por Mario Conde, escribió, en colaboración con Lucía López Coll, su esposa, los guiones de la magnífica miniserie “Las cuatro estaciones”, con el conocido actor Jorge Perugorria en el papel principal. A los que no la hayan visto, los insto encarecidamente a que lo hagan con urgencia; por suerte se encuentra disponible en Netflix.

En el ámbito más propiamente canónico de lo literario, Padura, nos ha brindado una producción igualmente diversa, que le ha valido múltiples reconocimientos en Cuba, entre los que cabe destacar el Premio Especial Alejo Carpentier (1993), el Premio Nacional de Novela de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (1993), el Premio de la Crítica en los años 1993, 1995, 1998, 2001, 2002, 2006 y 2010, así como el Premio Nacional de Literatura en el 2012. A nivel internacional

ha sido galardonado, entre otros, con el Premio Internacional “Dashiell Hammett” de la Asociación Internacional de Escritores Policiacos (a la mejor novela de 1997) y con el muy importante Premio Princesa de Asturias de las Letras (2015).

Aunque no se ha dedicado a la vida académica, Padura ha evidenciado sin embargo ser un muy riguroso investigador literario. Su primer libro, basado en la ya mencionada tesis universitaria y publicado en 1984, se titula *Con la espada y con la pluma. Comentarios al Inca Garcilaso de la Vega*. Se trata de un esfuerzo inicial, pero que ya evidencia algunas de las virtudes de su autor: está muy bien escrito y se basa en una lectura concienzuda de todas las obras del Inca y de la bibliografía secundaria disponible en el momento; vale anotar que este trabajo se elabora en una fase previa al notorio auge de los estudios garcilasistas que se desarrolla justamente a partir de mediados de la década del 80. Cabe destacar en especial sus comentarios sobre *La Florida del Inca*, obra por entonces, y hasta hace poco, muy descuidada por la crítica; Padura se interesa por aquilatar los méritos literarios de esa obra, más allá de su valor como fuente histórica: por ello subraya la maestría narrativa que despliega Garcilaso, el aliento épico de la obra y el ponderado equilibrio en la construcción de los personajes, tanto indígenas como españoles. Con distinto enfoque aborda la segunda parte de los *Comentarios reales*, más conocida por el título (ajeno a la voluntad del Inca) de *Historia general del Perú*. Destaca allí la óptica doblemente aristocrática desde la que se construye el discurso cargado de subjetividad del Inca sobre hechos de los que, en muchos casos, fue

testigo presencial. Por otra parte, destaca la muy trabajada estructura trágica que caracteriza a la obra, así como, una vez más, el acierto en la construcción de personajes. Vale destacar una cita muy oportuna, que resume en gran medida una de sus principales conclusiones: “El hispanoamericano de hoy, si quiere saber quién es, necesariamente tendrá que volver sus ojos a la época de la Conquista. Allí están prendidas nuestras raíces” (200).

Muy importante es su estudio *Un camino de medio siglo. Alejo Carpentier y la narrativa de lo real maravilloso* (1994). Allí, en base a un manejo exhaustivo de las fuentes primarias (incluyendo manuscritos y artículos periodísticos dispersos) y de las secundarias, realiza un pormenorizado análisis, tanto de las reflexiones teóricas del gran novelista cubano sobre lo real maravilloso, como de su tratamiento concreto a lo largo de toda su obra narrativa. Ello le permite establecer una clara diferenciación entre lo real maravilloso, entendido como rasgo ontológico constitutivo de la realidad americana, y el realismo mágico, procedimiento estético que traslada a una obra literaria el pensar mítico propio de amplias poblaciones latinoamericanas. Otro aporte relevante de Padura consiste en señalar que, en toda la reflexión y creación de Carpentier, la noción de lo real maravilloso resulta crucial, pero que ella no es una fórmula inmutable, sino que sufre modificaciones a lo largo de la trayectoria carpenteriana. Ello le permite distinguir cuatro estados de lo real maravilloso en la producción narrativa y reflexiva de este autor: uno primero, al que denomina “Antecedentes”, abarca sus textos juveniles, en los que Carpentier está todavía en busca de precisar sus

planteamientos, distanciándose de las propuestas del surrealismo; uno segundo, de “Formulación y Reafirmación”, en el que sus ideas quedan claramente expuestas en el célebre “Prólogo” a *El reino de este mundo* y plasmadas artísticamente en esa novela y en *Los pasos perdidos*; en el tercero, que denomina “Épica contextual”, la noción es matizada mediante su arraigo en los peculiares contextos latinoamericanos, siendo la obra representativa de este estado *El siglo de las luces*, a la que juzga la más importante de Carpentier (en lo que coincide plenamente). El último estado, rotulado como “Lo insólito cotidiano”, corresponde a las últimas obras de Carpentier, y alcanzaría su más notable expresión en su última novela *El arpa y la sombra*, frecuentemente desdeñada por la crítica, y a la que Padura reivindica con energía. Mediante un trabajo metódico de lectura y análisis, que cabe emparentar con lo que la crítica norteamericana denomina *close reading*, Padura nos brinda un estudio que evidencia notables dotes para la investigación literaria y que significa una contribución de primer orden en el estudio de uno de los escritores más importantes de Cuba y de América Latina. Me atrevería a afirmar que este libro, junto con el de Roberto González Echevarría, constituyen lo más valioso de la bibliografía sobre el autor de *El siglo de las luces*.

En el ámbito del ensayo, quisiera finalmente comentar su libro *Modernidad, Posmodernidad y novela policial*. Partiendo de una afirmación de Alfonso Reyes, que calificó a la novela policial como “la Cenicienta de la novela”, Padura emprende la reivindicación de su dignidad literaria, en nombre del placer de la lectura, ese vicio impune

que compartimos los que nos dedicamos a la literatura, ya sea desde el ángulo de la creación, la reflexión o incluso la afición. En apretado recorrido, examina la trayectoria del género, desde sus orígenes en Poe, hasta su consolidación modélica en la obra de un Conan Doyle o una Agatha Christie. Señala la contribución decisiva a la renovación de ese modelo desgastado, que significó, en el segundo tercio del siglo XX, la novela negra norteamericana de un Dashiell Hammett o un Raymond Chandler, sin descuidar el aporte del belga Georges Simenon. Los narradores norteamericanos, y sobre todo Chandler, a quien considera el gran revitalizador del género, consiguieron dotar a sus obras de un arraigo en la realidad concreta, que les permitió insertar en ellas problemáticas humanas de mayor enjundia, rescatando al género de los arrabales de la subliteratura, y elevándolo a la dignidad de la Literatura. Evidenciando un conocimiento enciclopédico del género, pasa luego revista a la trayectoria de la novela policial en España, en la que resalta la figura clave de Manuel Vázquez Montalbán. Hace luego lo propio con el policial hispanoamericano, cuyos desarrollos anteceden al español, y señala sus orígenes, investidos de la más alta dignidad literaria, en la obra de la dupla Borges-Bioy Casares, bajo el conocido heterónimo Bustos Domecq. Como reacción al *Boom*, surge luego en Iberoamérica un neopolicial posmoderno, signado por la parodia, el humor y la ironía como mecanismos distanciadores, en el que destaca al ya mencionado novelista español Vázquez Montalbán o al argentino Oswaldo Soriano, resaltando de manera muy especial la novela *Castigo*

divino, del nicaragüense Sergio Ramírez (que nos visitó aquí en San Marcos hace un par de años).

Armado con ese impresionante arsenal de lecturas, no es de extrañar que Padura haya incursionado con notorio éxito en el género policial: sin duda es pertinente adscribirlo a esa vertiente posmoderna que él mismo ha caracterizado, en la que se potencia la intertextualidad, y uno de cuyos rasgos relevantes es, a mi criterio, la reivindicación de la legibilidad, de ese placer del texto al que hacía referencia Roland Barthes. A pesar del multitudinario éxito logrado, la novela policial no es para Padura un mero producto de consumo masivo, ni mucho menos simple literatura de entretenimiento, sino un instrumento eficaz, que permite explorar, con sutileza y profundidad, los males que aquejan a la sociedad cubana: vale destacar que sus obras iniciales en este género se publicaron en los muy difíciles años 90, conocidos en Cuba como el “Periodo especial”, posterior al derrumbe del bloque soviético. Hasta la actualidad (pues promete seguir en esta línea), Padura ha publicado siete novelas policiales, todas ellas protagonizadas por su entrañable personaje Mario Conde: una tetralogía inicial, conformada por *Pasado perfecto* (1991), *Vientos de cuaresma* (1994), *Máscaras* (1997) y *Paisaje de otoño* (1998), que sirven de base a la ya referida miniserie que no pueden dejar de ver; la saga se prolonga con *Adiós, Hemingway* (2001), *La neblina del ayer* (2005) y *La cola de la serpiente* (2011), siempre protagonizadas por Mario Conde. Con esta saga de elevados quilates, Padura se ha posicionado como el representante más encumbrado de la novela policial latinoamericana.

Así como Inglaterra tiene a Sherlock Holmes, Estados Unidos a Philip Marlowe, Bélgica (y Francia) a Maigret, Italia al comisario Montalbano, España a Pepe Carvalho, Cuba y América Latina tienen a Mario Conde.

Siempre en su ámbito predilecto, la narrativa, Padura ha publicado además cuatro libros de cuentos: *Según pasan los años* (1989), *La puerta de Alcalá y otras cacerías* (1998), *Nueve noches con Amada Luna* (2006), *Aquello estaba deseando ocurrir* (2014), y otras cuatro novelas: *Fiebre de caballos* (1988), *La novela de mi vida* (2001), *El hombre que amaba a los perros* (2009) y *Herejes* (2013). Como ya voy abusando de su tiempo, me limitaré a comentar brevemente *El hombre que amaba a los perros*, su novela más unánimemente celebrada.

Esta obra, fruto, como se ha apuntado, de un arduo trabajo de investigación y de escritura, ha logrado un objetivo ambicionado por muchos escritores, pero difícil de alcanzar: aunar el unánime reconocimiento de sus altas calidades estéticas y la entusiasta aceptación de un vasto público lector. Puede parecer sorprendente que una obra que, en un primer vistazo, trasunta pesimismo, haya logrado tal consenso. Pues es verdad: la obra es una reflexión sobre una de las grandes tragedias del siglo XX, tan fecundo en ellas (y cito a Padura): “la perversión de la gran utopía del siglo XX, ese proceso en el que muchos invirtieron sus esperanzas y tantos hemos perdido sueños, años y hasta sangre y vida”(763). “El sueño de la razón produce monstruos”, como reza uno de esos grabados de Goya, que Carpentier gusta de citar a modo de epígrafes en *El siglo de las luces*. El mirador cubano resulta sin duda uno privilegiado para abordar esta tragedia de

alcance planetario, pero tal problemática nos toca de modo particular a los latinoamericanos que pertenecemos a la misma generación de Padura (por esos azares de la vida, yo soy exactamente su coetáneo) y que hemos vivido, con matices diversos, similares ilusiones y frustraciones. El poder de la literatura es tal, que le permite trascender a lo que podría ser la experiencia particular de un pueblo (el cubano) o de una generación (la nuestra), y conmover a lectores de diversos horizontes del mundo y de distintas generaciones. Cuando recién leí la novela, temí por un momento que su honda reflexión no calara con la misma fuerza en otras generaciones, pero la experiencia me permitió pronto descartar ese temor: comprobé que el entusiasmo era compartido por profesores más jóvenes (como Agustín Prado, a cuyo fervor se debe en buena medida el éxito de este evento) y por aún más jóvenes estudiantes. A pesar de todo, el propio Padura declara que la utopía sigue siendo necesaria (opinión que muchos compartimos), por cierto una utopía replanteada y rediseñada, a partir de las terribles experiencias en que participaron sus personajes León Trotsky, Ramón Mercader e Iván Cárdenas. Por ello, el lector sale de esta desgarradora experiencia de lectura, de este vívido recorrido por las tinieblas de la historia, iluminado de un modo misterioso por eso que Ernst Bloch llamaba el principio esperanza. Es ese logro, entre muchos más, lo que hace de esta novela una obra monumental y una lectura imprescindible.

Es en mérito a esta notable producción intelectual y a la trayectoria que hemos reseñado, que la Universidad Nacional Mayor de San Marcos se complace en incorporar como Profesor Honorario a una figura de las cualidades de Leonardo Padura Fuentes. Le expresamos nuestra más cálida bienvenida a este claustro.